



## **PALABRAS DE LA PRESIDENTA DE LA COMUNIDAD DE MADRID POR EL DÍA DE LA CONSTITUCIÓN ESPAÑOLA**

**2 de diciembre de 2022**

Hoy es un día de celebración, porque nuestra Constitución, la que ha propiciado la etapa más plena de paz, convivencia, democracia, prosperidad y libertad de la historia de España, cumple 44 años.

La Transición y la Constitución Española de 1978 supusieron, en palabras de Julián Marías, «la devolución de España a los españoles». A todos. «Reconciliación», «perdón», «consenso» y «libertad» fueron las palabras más escuchadas. En mitad de la peor crisis económica en décadas, se llevó a cabo una obra admirable llamada a perdurar.

Muchos hombres y mujeres valiosos fueron entonces leales a la Historia, a las generaciones futuras y a sí mismos. Nada de esto ha dejado de ser verdad, ni necesario. Es verdad que nunca antes nuestra Carta Magna se había visto tan amenazada como ahora, pero también es cierto que todos esos ataques están contribuyendo a reforzar, aún más, el compromiso de madrileños, y del resto de españoles, con la defensa del marco legal que nos hemos dado entre todos.

Sin embargo, no hace mucho que acabaron ganando los desleales. Fue cuando la España fiel: la que no grita, no ocupa ilegalmente casas, ni plazas; la que no amenaza, ni usa la violencia; la que trabaja y confía en las instituciones, vio perpleja cómo la deslealtad, incluso el delito, se premiaban. Y el premio fue a costa de la Constitución y de la España de todos.

¿Hasta cuándo la España fiel tendrá que soportar que lo que todos queremos sea puesto en peligro por los que nada aman, los que son puro resentimiento?

En estas circunstancias, el aniversario de la Constitución de 1978 no puede ser un acto institucional más.



Desde la Comunidad de Madrid, y desde el resto de las instituciones españolas, debemos aprovechar esta efeméride para reivindicar nuestra voluntad firme y profunda de convivir en democracia y libertad.

Los españoles de bien, con ideas, vidas y orígenes plurales y distintos queremos vivir juntos y en paz. Nos sentimos españoles, europeos, occidentales, miembros de la Hispanidad, y andaluces, catalanes, extremeños, canarios, madrileños..., de adopción o de nacimiento; es igual.

De acuerdo o en desacuerdo, nos preocupan y ocupan nuestras vidas, nuestras familias y amigos. Y, como nación, las pensiones, la falta de niños, el medio ambiente, la vivienda, la salud, el trabajo, la amenaza de guerra, la energía, lo digital...

Nos asombra y desconcierta el porvenir al mismo tiempo que nos ilusiona, sobre todo, lo hace a los más jóvenes. Queremos vivir y convivir. Estamos obligados a cambiar la desconfianza por entusiasmo.

Hemos de reafirmar lo que nos hemos dado, y no dejar que nos arrastren los que nos llevan a experimentos fracasados, inauténticos. Que nos dejen hacer este futuro que está por construir.

Hace ya casi medio siglo los españoles decidieron aparcarse sus diferencias, reconciliarse y construir juntos un futuro en paz y libertad. Aquella generación de españoles hizo todo lo posible para no volver a lo peor de nuestro pasado, cuando media España política trataba de imponer su proyecto a la otra media ante la mayoría de españoles, nunca consultados. Un enfrentamiento que solo condujo a la discordia, el atraso, la decadencia, el empobrecimiento, el conflicto y el dolor.

Lamentablemente, hace demasiado tiempo que los que acaparan la atención y los recursos son los que quieren mal a España. Mientras la España fiel se debate entre la preocupación y la incredulidad. La España fiel siente desasosiego. La Transición fue el triunfo de la concordia, la tolerancia y el entendimiento. Aquella fórmula propició la estabilidad política, y esta, a su vez, trajo prosperidad y bienestar para todos.



España llegó a ser un ejemplo de democracia que suscitaba la admiración del mundo y se transformó en una de las naciones más punteras del planeta. Los españoles ya no tenían que emigrar en busca de un futuro mejor; por el contrario, eran los extranjeros los que buscaban aquí nuevas oportunidades.

España se convirtió en la octava potencia económica del mundo, según el Fondo Monetario Internacional. Tras siglos de aislamiento, España regresó a Europa y rápidamente consiguió ponerse a la altura de sus socios gracias a las generosas ayudas que recibió de la Unión. Y también se abrió a Hispanoamérica, a nosotros mismos, a nuestra historia, cultura e idioma, acercando las dos orillas del Atlántico.

Y el marco legal que amparó esa historia de éxito colectivo fue la Constitución de 1978, la única nacida del consenso y aprobada en referéndum por todos los españoles. Un éxito que tuvo un referente mundial: el rey Juan Carlos I. Al cabo de los años, sabemos que las regiones, articuladas en autonomías, son la mejor garantía frente al nacionalismo separatista.

La deslealtad hacia el sistema ha llevado a algunos, y no descarto que haya quienes lo piensen de buena fe, a buscar la solución en el federalismo. Pero quienes lo proponen de mala fe saben que en lo federal está el germen de la negación y la destrucción de la soberanía nacional, que es una, anterior a esta Constitución y a toda otra forma política.

España es una nación centenaria, que reparte las competencias derivadas de su soberanía única a sus comunidades autónomas para que las ejerzan con cercanía, eficacia, y según la personalidad de cada región de España. El federalismo supondría que distintas naciones soberanas se unieran, compartiendo sus poderes en un órgano central, intentando funcionar como la unidad que no son.

Pero no olvidemos: el poder nacional es el único soberano. En su nombre, lealmente, gobernamos sus representantes. No puede haber un Estado débil que no se atreva a resolver los problemas nacionales. Y, mucho menos, que se abuse de quienes le son leales.



No somos pues, un Estado plurinacional, sino una nación de siglos que ha llegado felizmente a esta forma que disfrutamos: una monarquía parlamentaria, con organización autonómica, en un Estado social y democrático de derecho.

Por eso decía que nuestra Constitución ha permitido a España salir adelante en medio de las mayores tormentas, y de cambios sociales que, al elaborarla, durante la Transición, parecían impensables.

Nuestra Constitución tenía y tiene plena vigencia, que es como en política se define a lo que está lleno de vida.

Señoras y señores:

Ante la situación que vivimos: ¿qué podemos hacer? Conocer la Constitución. Estudiarla, leerla, comentarla. Si los jóvenes supieran que muchas de sus aspiraciones ya están contenidas en sus artículos, no se dejarían convencer por quienes les dicen que «no les representa».

¿Cómo si no, habría servido de marco a tantos nuevos retos, a este mundo nuevo que los jóvenes viven? Peligros y novedades que se ha podido sortear y asumir sin un día de vacío legal ni de poder, sin que España se tambalee.

Hemos de traer a los mejores a la política, que los jóvenes no la confundan con su falsificación. Pero, ante todo, debemos dejar de premiar la deslealtad. Es hora de escuchar a todos por igual, a quienes lo merecen, a quienes cumplen y respetan; aman y no odian; construyen y no destruyen.

La España real es la España fiel. La que exige sus derechos y cumple con las obligaciones correspondientes. La libre y responsable. La, por desgracia, demasiadas veces olvidada.

El camino hacia la libertad no fue fácil ni indoloro.



Y, al recordar aquellos años, quiero rendir homenaje a todas las víctimas de la banda terrorista ETA. A militares, guardias civiles, policías, jueces, médicos, periodistas, profesores, políticos y ciudadanos de a pie, a niños, jóvenes y mayores. Porque todos ellos murieron en la embestida de ETA contra nuestra democracia, que era el verdadero objetivo de los terroristas. España siempre estará en deuda con ellos y con sus familias.

Por eso, reclamamos memoria, dignidad, justicia y verdad para las víctimas. No podemos consentir los homenajes a los asesinos, que se les libere antes de haber cumplido las penas ni que se reescriba la historia de sus crímenes ni cuanto menos nuestra historia, la de todos, con ellos. Ningún apoyo político se puede pagar con sangre. Ni por matar ni por dejar de hacerlo.

Y también, gracias a los que dieron su vida por España, podemos afirmar que España es una gran nación, construida con el esfuerzo y la valentía de muchas generaciones de españoles, y con una larga historia repleta de gestas que han asombrado al resto del mundo.

Es esa vieja nación de siglos, que albergó las primeras Cortes de Europa en León, que descubrió América y se hizo mestiza, que dio la primera vuelta al mundo, que llevó la vacuna de la viruela hasta los últimos confines... Es la España de Cervantes, Jovellanos, de Goya, Falla, Galdós, Larra, Besteiro y Chaves Nogales.

La mayoría de los españoles quieren –queremos- ganarnos honradamente el pan de cada día, sacar adelante a nuestras familias, hacer realidad nuestros proyectos personales y profesionales, y seguir poniendo lo mejor de nosotros mismos para que España siga siendo una gran nación, moderna, libre y próspera.

Por ello, vamos a defender nuestra Constitución frente a cualquier ataque, venga de donde venga. Y no vamos a consentir que separatistas y populistas sigan vulnerándola, ni que asalten las instituciones que deben protegerla. En las dos ocasiones en las que he asumido mi cargo como presidenta de esta Comunidad autónoma, he prometido “guardar y hacer guardar la Constitución”.



Como también prometí lealtad al Rey. Y, por eso, tengo que censurar toda actitud desleal con la Corona, que ha sido la principal defensora y garantía de nuestra democracia. Su Majestad Felipe VI es el Jefe del Estado, símbolo de su unidad y permanencia, arbitra y modera el funcionamiento regular de las instituciones. Es el más alto representante del Estado español en las relaciones internacionales y tiene que ejercer las funciones que le atribuyen expresamente la Constitución y las leyes. Su figura une a iguala a todos los españoles.

¿Tiene un español más historia, más tradición, más derechos por haber nacido en un sitio o en otro? La respuesta es “no”. Los españoles no somos unos, víctimas de otros. Somos plurales, complejos, pero iguales ante la ley y en oportunidades. Nuestra diversidad, los distintos modos de ser español, la articulan las autonomías.

Señoras y señores: toda España es de todos. Y lo que nos pase, nos pasará a todos. Y si se hunde este viejo y precioso barco, se hunde con todos a bordo. Propongo que nos atrevamos a hablar en libertad y con alegría. Unámonos. No callaremos a la fuerza a los desleales porque respetamos su libertad, aunque ellos no respeten la nuestra. No gritaremos más, pero somos muchas más voces unidas. Y llevamos razón.

Agradeciendo su atención en un día tan importante, termino:

Este es el momento de apoyar y reforzar las instituciones que defienden la Constitución y que velan por el Estado de Derecho y el cumplimiento de las leyes: el Tribunal Constitucional, el Tribunal Supremo y el Consejo General del Poder Judicial.

Y, para eso, es indispensable recuperar la confianza en las instituciones y mantener su independencia, consiguiendo que accedan a ellas los hombres y mujeres más capaces.

Tenemos que poner todo nuestro empeño en reforzar el prestigio de la Justicia: no se pueden cuestionar las sentencias cuando no nos son favorables, ni descalificar a los jueces que las dictan.



Todo cambio legal debe obedecer exclusivamente a los intereses generales, y nunca favorecer a personas concretas. Porque en España la ley es y debe ser igual para todos.

No se puede ultrajar el himno nacional ni la bandera, porque como símbolos del Estado nos representan a todos los españoles, por encima de cualquier ideología. Por esa bandera y por lo que representa, millones de españoles dan cada día lo mejor de sí mismos en las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad del Estado, en la ciencia, en el arte, en el quirófano, en el deporte, en el tajo, en la literatura, en la oficina, en la política y en cada ámbito de la vida.

Y lo mismo ocurre con la Constitución, que es la garantía de nuestra convivencia en paz, democracia y libertad. Por eso, desde la Comunidad de Madrid queremos seguir amparándonos en ella y que continúe protegiendo nuestro modo de vida. Queremos seguir al lado de la Constitución, de la Monarquía Parlamentaria, de la pluralidad política, de la unidad de España y de la libertad, que es lo que desean la inmensa mayoría de los españoles.

Y seguir avanzando por ese camino ancho que trazó la Constitución de 1978. Un camino en el que cabemos todos.

Sigamos aprendiendo la lección de convivencia que guarda nuestra Constitución porque, como dijo el primer presidente de nuestra Democracia, **Adolfo Suárez**: “aunque la concordia es difícil, cuando se logra, alcanzamos momentos estelares en la humanidad”. Idea que suscribo enteramente.

Señoras y señores: cuando se logra la concordia alcanzamos momentos estelares en la humanidad.

Por favor, digan conmigo:

**¡Viva la Constitución!**

**¡Viva el Rey!**

**¡Viva España!**